

y se sientan al pié de los árboles ó en la orilla del mar, con sus hijos y sus esclavas negras; varios grupos de hombres están sentados mas lejos, tomando café ó fumando; la variedad de los colores de los trages de los hombres y de los niños, el color oscuro del velo monótono de las mugeres, forman bajo todos estos árboles el mas estraño y gracioso mosaico de colores; los bueyes y los búfalos rumian en las praderas; los caballos árabes, cubiertos de jaeces de terciopelo de seda y de oro, bracean junto á los caiques que abordan en tropel, llenos de mugeres armenias y judías; — estas se sientan destapadas sobre la yerba, á la margen del arroyo, formando una cadena de matronas y doncellas con diversos arreos y actitudes; algunas son hermosísimas, y lo parecen mas á causa de la estraña variedad de los tocados y de los trages: — allí he solido ver muchas mugeres turcas de los harenes, destapadas; casi todas son bajitas, muy pálidas; tienen los ojos tristes y una traza delicada y enfermiza. En general, el clima de Constantinopla, á pesar de todas sus aparentes condiciones de salubridad, me parece malsano; las mugeres á lo menos distan mucho de merecer la reputacion de hermosura de que disfrutan; solo las Armenias y las Judías me han parecido hermosas, — pero ¡qué diferencia no obstante con

la hermosura de las Judías y de las Armenias de la Arabia, y sobre todo con el indescriptible encanto de las mugeres griegas de la Siria y del Asia Menor! Un poco mas allá, enteramente en la orilla de las aguas del Bósforo, se alza el magnífico palacio nuevo, habitado ahora por el Gran-Señor: Beglierbey es un edificio en el gusto italiano, mezclado con recuerdos indios y morunos: — es una inmensa construccion de varios pisos, con alas y jardines interiores: — grandes jardines llenos de rosas y regados por numerosos surtidores se estienden á su espalda hasta la montaña; un estrello muelle de granito separa las ventanas del mar. Pasé lentamente por junto á este palacio, donde velan bajo el marmol y el oro tantos cuidados y tantos terrores, y ví al Gran-Señor sentado en un divan, en uno de los kioskos sobre el mar; Acmet-Bajá, uno de sus jóvenes validos, estaba de pié á su lado; el sultan, sorprendido en vista de nuestros trages europeos, nos señaló con el dedo á Acmet-Bajá, como para preguntarle quienes éramos: — saludé al Señor del Asia al uso oriental, y me volvió mi saludo con mucha afabilidad: — todas las ventanas del palacio estaban abiertas, y se veian relucir las ricas decoraciones de aquella magnífica y deliciosa morada: — el ala habitada por las mugeres, ó el haren, estaba cerrada; es in-

mensa, pero no se sabe el número de las mugeres que la habitan; dos caiques enteramente dorados, y montados cada uno por veinticuatro remeros, estaban á la puerta del palacio, sobre el mar; estos caiques son dignos del gusto mas esquisito del dibujo de Europa y de la magnificencia del Oriente; la proa de uno de ellos, que avanzaba lo menos veinticinco pies, estaba formada por un cisne de oro, con las alas tendidas, que parecia que arrebatava sobre las olas la barca de oro; un pabellon de seda tendido sobre columnas de oro formaba la popa, y ricos chales de cachemira servian de asiento para el sultan: la proa del segundo caique era una flecha de oro que parecia que volaba desprendida del arco sobre el mar. Largo rato me paré fuera de la vista del sultan para admirar aquel palacio y aquellos jardines, donde todo parece dispuesto con esquisito gusto; no conozco en Europa ningun sitio real mas magnífico y verdaderamente mágico: — todo parecia que acababa de salir de manos del artífice, puro y radiante: — los tejados de los palacios están cubiertos con barandillas doradas, y hasta las chimeneas, que en Europa desfiguran las lineas de todos nuestros edificios públicos, eran columnas doradas é istriadas, cuyos elegantes capiteles realzaban la hermosura del conjunto. Este príncipe que ha

pasado su infancia en la sombra de los calabozos del serrallo me inspira una viva simpatía: amenazado de muerte todos los dias; instruido en el infortunio por el justo y desgraciado Selim; elevado al trono por muerte de su hermano; — madurando por espacio de quince años en su mente el proyecto de emancipar el imperio y restaurar el islamismo con la destruccion de los jenizaros; ejecutándolo con el heroismo y la calma de la fatalidad; arrojando sin cesar la ira de su pueblo para regenerarle; osado é impasible en el peligro; blando y misericordioso cuando puede consultar á su corazon, pero sin apoyo en derredor de sí; sin instrumentos para ejecutar el bien que medita; desconocido por su pueblo; vendido por sus bajás; arruinado por sus vecinos; abandonado por la fortuna sin la cual el hombre no puede nada; asistiendo en pié á la ruina de su trono y de su imperio; abandonándose en fin á sí mismo; apresurándose á consumir en las delicias del Bósforo su parte de existencia y su sombra de soberanía! Hombre de buen deseo y de voluntad recta, pero hombre de genio insuficiente y de voluntad demasiado debil; semejante á aquel último emperador griego, cuyo puesto ocupa, y cuyo destino parece que representa; digno de otro pueblo y de mejores tiempos, y capaz á lo menos de morir como un

heroe! Un día fué grande hombre. La historia no tiene páginas comparables á las de la destrucción de los jenizaros; no conozco revolucion mas firmemente concebida ni mas heroicamente consumada. Esa página pertenece á Mahmud; pero ¿porqué es la sola? Lo mas difícil estaba hecho; derribados los tiranos del imperio, solo se necesitaban voluntad y constancia para vivificar este imperio civilizándole. Mahmud se paró en la mitad del camino; ¿será tal vez porque el genio es todavía mas raro que el heroísmo?

Pasado el palacio de Beglierbey, la costa de Asia vuelve á aparecer arbolada y solitaria hasta Scútari, que brilla, como un jardín de rosas, en la estremidad de un cabo, á la entrada del mar de Mármara. En frente, se presenta á la vista la verde punta del serrallo; y entre la costa de Europa, coronada de sus tres ciudades pintadas, y la costa de Stambul, toda resplandeciente con sus cúpulas y sus minaretes, se abre el inmenso puerto de Constantinopla, donde los buques, surtos en las dos orillas, no dejan mas que una ancha calle á los caiques. Me deslizo por entre este laberinto de embarcaciones, como la góndola veneciana bajo la sombra de los palacios, y desembarco en la escala de los Muertos, bajo una calle de cipreses.

.....

29 de mayo.

Un joven de Constantinopla me llevó esta mañana al mercado de los esclavos. Despues de haber atravesado las largas calles de Stambul que siguen las tapias del antiguo serrallo, y pasado por varios magníficos bazares llenos de una innumerable multitud de mercaderes y de compradores, subimos, por unas angostas callejuelas, hasta una fangosa plaza en que se abre la puerta de otro bazar. Gracias al trage turco que llevábamos, y á lo bien que hablaba nuestro guía, nos dejaron entrar en aquel mercado de hombres. ¡Cuanto tiempo, cuantas revelaciones sucesivas ha necesitado la razon del hombre para que la fuerza haya dejado de ser un derecho á sus ojos, y para que la esclavitud haya llegado á ser un crimen y una blasfemia para su inteligencia! ¡Qué progreso! ¡y cuanto no promete! ¡Cuantas cosas hay que nos parecen muy naturales, y que serán crímenes incomprensibles á los ojos de nuestros descendientes! En esto iba yo pensando cuando entré en aquel bazar donde se vende la vida, el alma, el cuerpo, la libertad del prójimo, como vendemos el buey ó el caballo, y donde el hom-